

Era la residencia de la reina Cristina, de la madre de la reina de España.

Allí había esta noche una gran cena, á la que asistían muchas familias españolas. Tal vez aquellos criados eran compatriotas nuestros. La luz de aquel portal calentaba nuestro corazón, como si, mas que luz, fuese fuego; como si fuese un hogar de la ausente patria.—En el extranjero no se sienten las iras de las discordias civiles.—El muro de aquel palacio nos fue esta noche tan sagrado y tan querido, como poco antes el de la embajada de España.

Pasamos, y llegamos á *Santa María la Mayor*.

Las puertas de la insigne Basílica estaban todavía cerradas.—Se esperaba al cardenal que había de decir la *Misa del Gallo*.—Un pueblo inmenso aguardaba sentado ó paseándose bajo el noble pórtico de la iglesia ó alrededor de la gran columna corintia que se levanta allí cerca y que perteneció á la primitiva Basílica.

Hacia luna. El pueblo romano reía y cantaba. Muchos extranjeros vagaban de la columna al arrogante obelisco que se alza detrás del templo, en una vasta plaza. Nosotros, mas tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo, cuyo puente levadizo tardan en bajar.—En esta situación, vimos á lo lejos y á la plena luz de la luna á Jussuf, al incomparable marroquí, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, que se paseaba filosóficamente llevando una franquesa colgada de cada brazo,—doncellas del hotel sin duda.

Así oímos las doce, la hora solemne, y así pasamos otra media hora.—La puerta de la iglesia no se abría: la noche refrescaba cada vez mas: yo no estaba bueno. Por otra parte, teníamos que madrugar mañana para ir á San Pedro y ver al papa de pontifical... ¿Qué era la función de esta noche, comparada con la que nos prometíamos?

Volvimos, pues, á casa; tomamos té como cualquier otra noche... he escrito esta pobre carta, y he aquí que voy á dar permiso al alma para que vuele á otros países á pasar el resto de la noche en compañía de las personas de su predilección.

## VI.

### El Papa de Pontifical.

Roma 25 de diciembre.

Guadix fue una importantísima colonia de los romanos; despues, en poder de los moros, llegó á ser hasta capital de un reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aun conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de 8, cuando vinieron los franceses, los graves señores que com-

ponían su ayuntamiento vestían sendas capas de grana, ceñían espadín y se cubrían con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer la capa de grana de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil usos en nuestros juegos infantiles.—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola... menos que agrícola... una ciudad de colonos.—Los duques y marqueses, á quienes se repartió su territorio despues de la conquista, y cuyas grandes y ruinosas casas coronadas de torres se ven todavía en las principales calles, se habían ido á vivir á Granada ó á la corte de las Españas: los otros pobladores empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculación que había fraccionado sus caudales: las órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habían sido suprimidas y vendidos sus bienes: el provincial, su ilustre batallón provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña peleando contra el pretendiente: el ayuntamiento veía limitadas sus atribuciones: los antiguos corregimientos no existían: todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana ni espadín: los tradicionales gremios pertenecían á la historia: la *Alcazaba* era un montón de ruinas.

De la antigua grandeza solo quedaba en pie un monumento, y ese era la catedral. La catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres prelados y sabios cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semi-feudales. La catedral era el único palacio habitado, el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia, el alma y la vida de Guadix.

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura: allí oí la primera música: allí admiré los primeros cuadros. Allí también, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas de lujo, el tisú, el brocado, el oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos; conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la gloria brillan á los ojos de los estéticos.

Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente.—Figúrate, por tanto, amigo mío, la profunda emoción que me habrá producido, y que embarga todavía mi ánimo, la solemne, grandiosa, verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la Basílica de San Pedro: figúrate lo que

habrá sido para mí la misa de Pascua, celebrada de pontifical por Pio IX en el mas grande y suntuoso templo del mundo.

Para colmo de dicha, lo he visto todo muy de cerca y desde el mejor sitio, merced á la amabilidad del secretario de nuestra embajada y encargado de negocios, señor Sandoval, que nos invitó á Caballero y á mí á formar parte de la legacion española y á ocupar por consiguiente la tribuna levantada para el cuerpo diplomático, entre el altar mayor y el trono del sumo pontífice, ó sea en el coro, presbiterio ó salon de San Pedro de que ya te he hablado.

Paso por alto la emoción con que entré en la Basílica, sabiendo como sabia que algunos momentos despues iba á ver al papa.—Esto lo adivinarás tú fácilmente.

Cuando entramos con la embajada, la iglesia estaba completamente llena, lo cual quiere decir que dentro de ella habia mas de 100,000 almas.—Allí, en una nave lateral, se veia toda la guarnicion francesa, esto es, cerca de 15,000 soldados.—En otra parte y en el hueco que mediaba entre dos pilares, se encontraba todo el ejército pontificio, compuesto en su mayor parte de irlandeses,—arrogantísimos hombres,—y los *zuavos del papa*,—creacion moderna,—con sus uniformes grises. El resto lo inundaba la revuelta multitud, cuya mitad se componia de extranjeros. Millares de inglesas, con los velos azules y verdes de sus sombreros echados sobre el rostro, asistian de pie al espectáculo como simples observadoras. Esta frialdad filosófica me hacia daño en aquellas mujeres tan lindas y de aspecto tan suave.—Por todos lados se veian moros, judios, peregrinos católicos, graves ingleses de doradas cabezas, *touristes* de todas las naciones (Jussuf entre ellos), y como fondo de este cuadro, el pueblo de Roma, ávido de emociones, cansado de ellas, con sus altivos rostros y su actitud humilde, preocupado tal vez con la idea del peligro que dicen que corre la ciudad eterna de dejar de ser la capital del catolicismo.

En las tribunas que habia á los lados y en frente de la nuestra, encontrábanse la reina madre de Nápoles y dos hermanas y un hermano de Francisco II, todos ellos vestidos de negro... no sé si por el difunto rey ó por el hundido trono: la reina madre de España, doña María Cristina de Borbon; su esposo y algunos otros españoles: un hermano del príncipe Canino: las autoridades de Roma: el general Goyon, general en jefe del ejército de ocupacion, y algunos oficiales superiores africano-franceses: los embajadores de todas las naciones, y en lugar preferente el embajador francés, duque de Grammont, que no sé por qué me parecia el dueño (y de tal se daba los aires) de la ciudad eterna y el presidente de aquella asamblea tan ilustre.

Ni un solo sacerdote se veia todavía en el templo, fuera de los que andaban confundidos con la muchedumbre. La atencion y la expectativa eran inmensas. De un momento á otro debia de llegar el papa con todo el clero romano. Reinaba un profundísimo silencio.

En medio de él oyóse el estampido de un cañonazo.

El castillo de Sant-Angelo daba la señal de que el sumo pontífice bajaba de su palacio á la Basílica.

A aquel cañonazo siguieron otros, y repiques de campanas, y una indescriptible agitacion en la multitud que inundaba el templo.

El corazon me latia con una violencia irresistible; sentí frio y ganas de llorar...—Me desconocia.

En esto se oyó en los aires, en lo alto de la gran puerta de entrada, donde hay un estenso balcon, el acordado y melodioso ruido de muchas trompetas que batian marcha.

Aquellas trompetas me recordaron las de Jericó, é imaginé que á su religioso y marcial sonido caerian por tierra las puertas del templo para dar paso al pontífice-rey.

En efecto, Pio IX acababa de entrar en la Basílica.

Yo no lo veia; pero las oscilaciones de la muchedumbre me iban indicando el tránsito del papa por la incommensurable iglesia.

Y las bíblicas trompetas, únicos instrumentos que resuenan en *San Pedro*, seguian tocando aquella marcha trunfal, sagrada, parecida á un psalmo heróico de David.

De pronto la procesion aparece por detrás de uno de los enormes pilares que sostienen la cúpula, y veo alzadas sobre la muchedumbre unas andas de oro, en las cuales viene sentado sobre la *silla gestatoria*... (lo diré en la misma forma que revistió en mi imaginacion) un *Santo vivo*, (un San Gregorio, un San Leon, un San Felix) animado, palpitante, original...; un venerable anciano de nobilísima y apacible figura, paramentado con la capa pluvial y la Tiara, llevando en una mano las *Llaves del Cielo*, y bendiciendo con la otra á las naciones, á las *gentes*, congregadas en torno suyo; la efigie viviente de San Pedro; el mortal que representa á Jesucristo sobre la tierra; el papa, en fin; Pio IX... la cabeza visible de la Iglesia!

Es la primera vez que veo á un ser humano en procesion, en apoteosis, divinizado, exaltado, levantado al cielo...—Aquella sagrada imágen movia blandamente los labios para rezar, esparcia su paternal mirada sobre la multitud, se balanceaba levemente en su silla al compás de la marcha y hacia con su diestra la señal de la cruz...—Rodeábale una nube de incienso: anchos abanicos de plumas agitaban el aire en torno de él: un alto palio cobijaba las andas: las gentes se arrodillaban á su paso...—Era un dios.

Precedíanle, acompañábanle y seguíanle mas de mil sacerdotes, entre ellos todo el Colegio de cardenales, mas de cuarenta arzobispos y obispos, los canónigos de todas las basílicas de Roma, los generales y priores de innumerables órdenes religiosas (cada cual vestido con su *hábito regular*), los abades mitrados, toda la Antecámara pontificia, camareros de honor y secretos seculares, procuradores del colegio, el confesor de la familia pontificia, el predicador apostólico, los escuderos pontificios, los camareros públicos, los capellanes comunes y secretos llevando en las manos todas las tiaras y mitras del papa, el procurador fiseal, el comisario y los auditores de la Rota, los abogados consistoriales, los capellanes cantores, los votantes de la signatura...—Y tambien iban los elegan-

tes *Guardias Nobles*, ó sea el antiguo patriciado romano que hoy constituye la escolta personal del papa; el *Senador* de Roma (otro reflejo de la antigüedad) marqués Antici-Mattei, con los conservadores del pueblo romano en traje de ce-



Pintura al fresco, encontrada en Pompeya.

remonia, el gobernador de Roma, el *Príncipe Asistente* al solio y otros muchos personajes seculares y clérigos, vestidos con diferentes y nunca vistos hábitos y uniformes, que me traían á la imaginación siglos, civilizaciones y pueblos diversos, y aumentaban la honda perturbacion que aquel espectáculo habia producido en mis ideas y en mis sentimientos.

Entre los mismos obispos, los habia del rito griego, vestidos de distinta manera que los romanos.—Representaban á la *Iglesia griega unida*.

A muchas consideraciones se prestaba aquel acompañamiento; pero yo no



Pintura al fresco, encontrada en Pompeya.

tenia verdaderamente ni atencion ni reflexion sino para contemplar al papa.

El Supremo Gerarca habia bajado de la Silla gestatoria y adoraba el Santísimo Sacramento. Luego se dirigió á pie al *Trono de Tercia*, y allí, mientras se cantaba aquella hora canónica, se revistió los paramentos pontificales para la misa.

Yo lo vi cruzar una y otra vez á dos pasos de mí. Su noble y aventajada estatura, su plácida belleza, que te describiré cuando lo visite en su palacio; su venerable ancianidad, la grandiosa riqueza de sus sacras vestiduras, todo correspondía al alto ideal que me habia formado desde niño del sumo pontífice, del soberano de las almas.

En vano el ruido de sus pasos, el sonido de su voz, los accidentes comunes de su existencia humana, me recordaban á cada momento la condicion mortal y finita de aquel ser tan excepcional y tan grande; y en vano tambien mi razon pretendia con cruel insistencia someter todo aquel sublime instante, y los personajes que en él figuraban y mis propias emociones, á un frio analisis, á un desapiadado estudio... La imaginacion y el sentimiento recobraban siempre su dominio sobre el cálculo; el limite de lo natural se rompía como un crisol de frágil vidrio, y la veneracion, el miedo, la poesia, la fe se escapaban del alma, remontaban su vuelo y se perdian en las regiones infinitas de lo sobrenatural, de lo eterno, de lo milagroso. El hombre, en fin, no era allí nada: el pontífice lo era todo.

Ni hubiera sido leal desatender las voces con que el sentimiento clamaba por su libertad é independencia. Tan hijo mio era él como el soberbio pensamiento. Los dos habian nacido en mi alma, y yo no debia hacer al uno esclavo del otro, imponiendo á los inconscientes é indeliberados movimientos de mi corazon, que aspiraba á mayor vida, á mejor mundo, la tiranía de mis sentidos materiales, de mi escasa razon, de mi reducida ciencia. Libre, franca, confiadamente me abandoné á todo el impulso de mi propio ser, y en verdad te digo que desde aquel momento fui tan dichoso como debió de serlo Adán en el Paraiso ó como lo será el mártir y confesor despues de cerrar los ojos á esta vida.

Principió el Santo Sacrificio.

El papa decia la misa de cara al pueblo. Asistianle el cardenal Amat, como obispo asistente, y el cardenal de Silvestri, diácono ministrante. Los cardenales Ugolini y Marini eran diáconos asistentes, y monseñor Nardi, auditor de la Rota, desempeñaba las funciones de subdiácono apostólico.

Sobre el altar se veian cuatro tiaras, dos de ellas de gran valor. Una era la regalada por Napoleon, tasada en 24.000,000 de reales. La otra, cubierta de brillantes, era regalo de la actual reina de España.

El papa cantaba la misa con voz entera y vibrante cuanto melodiosa y tierna. A aquel acento conmovedor no respondia otra música que el concierto de voces solas de la célebre Capilla Sixtina, cuyos tiple y altos, ocultos en una tribuna, acordaban sus cantos con tanta maestría, que parecian el eco de un instrumento celestial ó un coro de serafines de la Jerusalem eterna.

Todas las ceremonias se hacian con rito doble, ó sea en latin y en griego. Cantóse, pues, dos veces el Evangelio: *In principio erat verbum* etc., lo cual traia á mi imaginacion los primeros siglos de la Iglesia, las predicaciones de San Pablo y los Santos Padres de la Iglesia griega.

En el momento de *alzár*, el papa se hallaba en su trono, á donde le llevaron

la hostia y el cáliz. El sumo pontífice los recibió arrodillado, y en aquel momento volvieron á resonar en los aires las místicas trompetas.

Los dos ejércitos que habia dentro del templo depusieron sus armas con estrépito: la multitud se arrodilló: reyes y príncipes postráronse tambien de hinojos é inclinaron la frente: elevó el papa la Forma y el cáliz, y un sordo rumor resonó en las inmensas naves de la Basílica... eco de cien mil corazones contritos, que al golpe de otras tantas manos arrepentidas confesaban tumultuosamente sus culpas.

¡Sublime y magestuoso instante! ¡Milagroso poder de la belleza! ¡Misteriosa revelacion de las escelencias del espíritu humano, producida por el concurso y fusion en una idea de tantas y tantas almas, incapaces por separado de remontar semejante vuelo!—¡Prodigios y tesoros del corazon, evocados por el arte y nacidos como nacia las ciudades griegas al son de la lira de Orfeo!—¡Nobles facultades del espíritu, escondidas en él como la chispa en el pedernal!—¡Esplosion de la fe, aspiracion á lo eterno, evidencia de Dios!—Hé aquí todo aquel instante.

Nada mas te diré en este orden de ideas, mas para sentidas que para esplicadas, y que tan vivamente representa el *Mortimer* de Schiller.—Continúo, pues, mi relacion.

Despues de la Consumacion, el santo padre distribuyó el Pan Eucarístico á los cardenales diáconos y á los *nobles legos*.

Entre los cardenales vi adelantarse lento, severo, imponente, un hombre alto, jóven todavia, pálido y triste, de aire pensador y dominante, el cual se arrodilló como todos delante de Pio IX, y comulgó.

Era el cardenal Antonelli, el antagonista de Cavour.

Terminada la misa y otras ceremonias, volvió á ocupar el papa las andas, en los cuales fue conducido al Vaticano con la misma solemnidad que le trajeron.

Ya estaba casi vacía la Basílica cuando nosotros la abandonamos: asi es que he contemplado otro cuadro sorprendente y maravilloso que tampoco podré nunca olvidar.

Tal era el aspecto de la inmensa plaza de San Pedro, inundada de una copiosa muchedumbre—tal vez 150,000 almas;—atravesada en opuesto sentido por dos ejércitos, el francés y el pontificio; cruzada en todas direcciones por infinidad de carruajes, entre los que descollaban por su lujo los magníficos trenes de los cardenales y de los embajadores de todas las naciones; dominada por las espumosas fuentes, el obelisco y los elevados pórticos; iluminada por un sol brillante, que hacia resaltar los vivos colores de los uniformes y de las libreas y relucir las haces de fusiles en movimiento; atronada, en fin, por el cañon de Sant-Angelo, por las campanas, por el rumor de las aguas bullidoras, por las músicas militares y por el vocerío del pueblo...—Era un espectáculo tan grande, como propio y digno de la ciudad eterna y de este solemne dia.